

Posiciónamiento
Poético

3

Camila Sosa Villada
Gabriela Cabezón Cámara
Juan Tuil
Acheli Panza

Dirigido por Marie Gouiric

Posicionamiento
p o é t i c o

3

Dirigido por Marie Gouiric

Edición: Alvaro Cifuentes

Big Sur BOOKS

Septiembre / 2017



Posicionamiento Poético # 3

Somos

Somos sol, somos salinas
Somos viento norte, somos luna inmensa sobre las vizcacheras
Somos pájaros en el aire, las manos de una madre
Somos cactus y jilgueros, tucu tucus, vinalares...

Somos coyuyos, somos mantras de chicharras
Somos waira muyus que a los cielos se levantan
Somos el padre de Atahualpa, Atahualpa...

Somos rosquetes, tortillas, pan casero, empanadillas
Somos asados interminables, del buen vino amantes
Somos alma mula, telesita, salamanca
Somos canto, somos termas, somos Jacinto Piedra

Somos de Europa, de Asia, de las Américas
Los indios que nos preceden en estas tierras
Somos migrantes, somos santiagueños,
Estamos por todas partes...

Somos calor insoportable, somos sequía extrema
También somos gato, escondido y chacarera
Somos traviosos juegos a la hora de la siesta
Tusca, algarroba y mistol, guazunchas y gallaretas.

Somos la sangre de los pumas derramada
Somos yanarcas, kakuys y abejas kellas
Somos aire fresco, nubes bellas... nubes bellas...

Somos Sixto, somos Manzi, los Sosa de Matará
Los de Suncho, los de Forres, Fernández, Ojo de agua y Beltrán.

Somos alegría, somos tristeza, somos subterráneos, somos energía...

Somos ríos de agua dulce con playas de arena
Somos quebrachales sin fin que se pierden en la selva...
que se pierden en la selva...

La Telesita

Ahí va la Telesita,
Una hyanarca se interpone en su camino
Andaba por los montes....
Polvareda y remolino.
Le pregunta ¿por qué anda tan sola?
Y la Telésfora, ojos zarcos, sólo dijo
“es el arte mi destino”.

Bailas como las totoras en el río
Como las garzas, los jilgueros
Juegas con el ritmo de los “ucultos”
Danzas cuando la lluvia moja los arbustos

Ahí va la Telesita
Se escucha música en un rancho
Entra sola al festejo, las miradas la hieren de lejos
(Ya saben que va a bailar)
Ahí está la Telesita
Entre velas que arden en un altar
Gira y se mueve extasiada.

Baila como las totoras en el río
Como las garzas, los jilgueros
Juega con el ritmo de los “ucultos”

Danza cuando la lluvia moja los arbustos

Figuras tejen sus andrajos

Ahí corre la Telesita

Es que se ha prendido fuego

Corre, corre desesperada hasta extinguirse monte adentro.

Ay ay ay, grita la Telesita su dolor mortal.

Bailas como las totoras en el río

Como las garzas, los jilgueros

Juegas con el ritmo de los “ucultos”

Danzas cuando la lluvia moja los arbustos

El crespín

No quiero ser como el Crespín

que a su eterno amor llora

pues prefiero la dulzura del zorzal

que festeja la vida que aflora.

Crespín abandonó a su marido

según cuenta la historia

lo dejó enfermo en casa...

bailando, le pasaron las horas

“Ya habrá tiempo para llorar”

dijo, burlona... todavía podemos oír

sus lamentos...

en la oración y en la aurora.

No quiero ser como el crespín

ave misteriosa, taciturnos silvidos

cresta sobria, plumas tierra...

canto amante sin olvido....

Quien ha podido escuchar al crespín

entenderá la tristeza del canto
que eriza la piel y los pelos
a los que viven en el campo...

No quiero ser como el Crespín
que a su eterno amor llora
pues prefiero la dulzura del zorzal
que festeja la vida que aflora.

Oda a mis tetas

Cuando era chico y comenzaba a fantasear con ser travesti,
rezaba a la Virgencita del Valle para que me despertara un día
llevándome la sorpresa de que me habían crecido las tetas.
La Virgen del Valle no me escuchó
así que de grande me hice tres pares de tetas de goma espuma.
Las saqué de un colchón que había encontrado en la vereda
y las había hecho perfectas.
El engaño me funcionó por varios años
y luego su hechizo comenzó a menguar.
Un día vi mis pechos sobre el escritorio y no les creí
y nada fue lo mismo desde entonces.
Estaban ahí, tres pares de tetas, unas chiquitas,
unas normales y las gigantes para salir a yirar
y eran una mentira inútil que implicaba grandes esfuerzos.
Una noche una de las tetas cayó sobre la estufa de cuarzo
y casi morí asfixiada por el humo.
Entonces las tiré a la basura y dejé de mentir.
Mis tetas verdaderas, las mías se quedaron conmigo.
Detrás de mis pezones negros, planas,
replegadas en su ausencia esperando ser deseadas.
Un día una travesti me dijo que me hormonara.
Una pastillita de antiandrógenos por la mañana
y dos dosis de gel con estrógeno puro, dos veces por día.
Lo hice: pasó un tiempo y la historia de las guerras se torció.
Comenzó de a poco, imperceptible, sin ruido:
mis tetas comenzaron a crecer
el pezón se expandió, se hizo redondo y ancho,
se sonrosó como una adolescente con vergüenza
y a los pocos meses de valerato de estradiol
y acetato de ciproterona

se reveló el bolsillo donde cupo una felicidad nueva.
A los 30 años, en el pico de mi adolescencia trans,
dos pequeñas tetas de quinceañera
vinieron a llenar mis corpiños.
Comed y bebed todos de mi pecho!
Grito con vehemencia,
pido por favor que hagan pan con mis tetas,
Que hagan magia con ellas,
una vertiente de miel les brota sin pausa.
El menor sobresalto, un giro brusco,
el roce de la tela, el contacto con el corpiño,
el choque imprevisto con un pasajero en el colectivo,
todo es motivo de una descarga eléctrica
de 2328 anguilas que muerden mi pecho.
Ahora pueden decir que ando feliz como travesti con tetas
Y tienen razón...
aun a pesar de que son más pequeñas que mi puño cerrado,
Aun así, mis tetas son mis tontas hijas preferidas.
A veces cuando me miro en el espejo desnuda,
les hablo como a dos perritas recién nacidas:
tranquilas mis ninfas que ustedes serán pequeñas
pero no por eso menos fulgurantes.
Quién diría que ese gordito que rezaba
para que le crecieran las tetas como a sus amigas
se iba a convertir en esta mujerzuela
que goza de los beneficios de su fé.
La teta izquierda es más grande que la derecha,
y esto no es una analogía política por mucho que quisiera,
porque claro, no todo podía ser perfecto.

El amor por el zapatero

Anoche te conté sobre la historia de amor
que tuve con mi antiguo zapatero.

“Ya no quedan” dijiste, hablando de los zapateros.
Y entonces te dije lo importante que eran para mí
los buenos artesanos del calzado.

En ese entonces, para encontrar a mi zapatero
había que meterse al corazón de un Alberdi viejo,
con paredes de ladrillo visto
y las veredas ahogadas en charcos,
pasar por el Clínicas y apiadarse de los enfermos,
cruzar ese salón de fiestas pintado de amarillo,
saltar bolsas de basura,
enojarse con las baldosas flojas
y al final del paisaje, lo encontrabas a él,
en su templo de zapatero.

Viejo, canoso, flaco, con las manos sin carne,
en su tallercito improvisado donde también fabricaba.
Y eso era un orgullo porque no sólo se dedicaba a curar zapatos,
sino que también los hacía.

Al fondo del taller tenía un patio de tierra,
con árboles bien altos que abrazaban los bordes de la casa,
un aljibe en desuso embellecía ese sentimental cordobesismo
y a pesar de que sabías que allá afuera
el suquía se arrastraba sobre el cadáver de nuestra humanidad,
el patio del zapatero, sus perros mansos,
su esposa que cruzaba el patio rápidamente
te daban ganas de vivir una vez más la vida.

Mi zapatero inexplicablemente me trataba bien.

Me sonreía, se ocupaba en comprender
qué necesitaba yo en este par de zapatos,
de qué color debía teñir estas botas.

a veces me convidaba un mate,
me ofrecía un pedazo de pan
y me contaba de su fábrica de zapatos
que por la crisis del 2001 tuvo que cerrar.
Cada promesa que hizo fue cumplida:
“Tal día y a tal hora van a estar tus zapatos”
y yo los iba a buscar contenta
porque en esa pequeña utopía,
él enarbolaba su palabra de hombre honesto
y cumplía.

Pocas veces siento asombro frente algunas evidencias.
Me sorprende lo bello que podría ser todo, y sin embargo...
Lo verdaderamente cerca que está la belleza
de nuestras existencias, y sin embargo.
A veces basta con estirar la mano
y tocás la belleza como una fruta
y te la llevás a la boca.

Anoche eras como una fruta colgando de un árbol.
Apareciste con tu perfil enterrado en la almohada
Y te quedaste en silencio para los dos,
habiéndome escuchado hablar de mi amor con el zapatero,
y me dije: escribí este momento en tu memoria Camila,
dejalo escrito para poderlo a leer.
Te guardé en mi memoria
al lado del recuerdo del zapatero.
Anoche le pusimos alas a las piedras que cuelgan de nuestro
cuello.

Anoche dejamos los zapatos en tierra
y nos fuimos volando, arriba, lejos
a imprimir en el pasado del mundo
los detalles de nuestro encuentro.

En honor a las épocas en que queríamos ser la versión cordobesa de Asesinos por Naturaleza

Caminaba por la 9 de julio
cuando me di cuenta de que me estabas mirando.
Ahora me arrepiento de no haberte ignorado,
de no haber seguido mi camino como si no te hubiera visto,
como si nunca te hubiera conocido.
Nos dijimos poco, hablaste de tus hijas,
“Te ví en el diario” me dijiste,
“Estás linda”
“Lo único que me importa son mis hijas”.
Tenía ganas de irme de ahí,
de ese lugar donde te estaba conociendo por segunda vez.
Feo, viejo, flaco, con una papada larga,
muerto de frío, mal vestido, vendiendo papeles descartables
vos que querías ser escritor.
Te convertiste en un hombre feo
con ojeras de no pegar los ojos por la noche,
con el hígado a la miseria por tomar ese whisky barato,
arrastrándote por la peatonal como un enorme remordimiento.
Te tuve bronca porque no me hiciste caso cuando te dije que seas
libre,
que no respondas al llamado de las máquinas.
Ahora te sacaría una foto y la haría imprimir,
para pegarla en las puertas de todos los colegios
con una leyenda que diga: ASÍ ENVEJECEN LOS COBARDES.
Para que las chicas y los chicos vean al salir de sus escuelas,
ahí frente a sus ojos el rostro de un hombre que pagó:
el costo de desobedecerse a sí mismo,
el precio de no querer ciertamente a nadie ni a nada,
el precio de hacerle caso al miedo.
No puedo creer haberte encontrado así,

pagando el precio de no haberle sido fiel a nada.
Te maldigo por eso.
Cuando me abrazaste sentí tus tetas blandas y caídas
como las de una vieja que amamantó cientos de niños.
Tenías el cuello de la camisa sucio
Y la mirada de alguien que todas las noches
Se acuesta a dormir con su arrepentimiento.
Quería darme vuelta y gritarle a todos los que pasaban por ahí,
que vieran bien tu cara,
para que no se olviden de cómo envejecen los cobardes,
pero hubiera sido revanchismo
y en los tiempos que nos tocan
lo que menos necesitamos, es deseo de venganza.

Esta Camila, la otra Camila

A esta Camila le duele el pan que se lleva a la boca.
A esta Camila, la cama donde recibe el sol,
El pan que come y el té que bebe,
le saben a los muchos olores
de los clientes que la otra Camila,
atendía en pleno invierno, cuando era prostituta.
El pan que come le sabe a las caricias ásperas
que la otra Camila soportaba, cerrando los ojos.
A esta Camila, la mesa donde come,
las sábanas en las que se acuesta,
la comodidad de la que ahora es dueña,
tienen gusto a una trompada en la cara.
A esta Camila le queda todavía
el sabor de los besos que se dan por dinero,
el de las eyaculaciones sin respeto y ese “qué va a ser”,
y algunas peleas con algunos clientes.
La libertad de esta Camila

tiene gusto a las billeteras que la vieja Camila robó,
cuando los clientes se dormían y roncaban.
a esta Camila, la ropa con la que se abriga,
los chales con los que se cubre,
los zapatos con los que ahora no va a ninguna zona roja,
tienen impreso el cuerpo casi desnudo de la otra Camila.
Antes de esta Camila,
hubo otra que se decía a sí misma
que había que ser de piedra,
no sentir ni frío ni calor, ni asco ni gusto,
ni ilusión ni espanto.
El cariño que esta Camila recibe del mundo,
tiene gusto a la soledad de la otra Camila,
esa Camila sin padres, sin hermanos, sin amigos.
Una noche un basurero le propuso meterle en el culo
una batería de las grandes,
Le dijo que pagaría el doble.
Ese día la vieja Camila murió.
Fue enterrada en una ceremonia humilde,
con la misma humildad con la que agachaba la cabeza
frente a la mirada acusadora de las vecinas.
Una vara de nardos brotó en la tierra que cubría su tumba.
Todavía tenía mucho por enseñar esa Camila,
mucho por decir y mucha música que bailar.
La vieja Camila tenía una mirada como de animal aplastado en
la ruta.
Todo lo que vivió excedió los límites de su memoria.
Se dejó morir para nacer a otra
La nueva Camila que no sabe cómo pedirle perdón
por haber auspiciado su tristeza
y comer este pan que ella más que nadie merecía.

Canción del torito

Dale la mano al fatigado ingenio
Amor, y al frágil y cansado estilo,
para cantar a aquélla que se ha vuelto
inmortal ciudadana de los cielos”

¿inmortal y ciudadana?

¿era Evita la finada?,

¿la poesía es de Perón?

¿of the first trabajador?

No, de Petrarca y era

al aura, al laurel.

A su Laura in the vergel

le cantaba azul un ala,

I love you y ajerejé,

al compás de una vigüela

there se ponía a rememorar

she was onda la gioconda

and she was, ella re-was

y not only como Troya

go and tell it to Magoya

qué pasó con el Torito:

lo encontramos de chiquito

en el medio de la villa

y fue for ever and ever

que se quedó en la familia.

De gauchos guachos rellena

está la pampa asesina:

nobody que los proteja

y without dog que los ladre

andan las guaguas sin padre

como anduvieron before
los babies de Agamenón:
¿Cómo podré dirigir
las plegarias to my father?
¿Diré que vengo acaso
a ofrecerlas al esposo
en el nombre de la virgen,
lo que es decir de mi madre?
Eran otras orfandades
las de los crazys atridas
para el Torito la vida
from begining to the end
fue siempre una res jodida
y lo hicieron fenecer
en un cayo de Florida.
El puto american dream,
fue la muerte para him:
le cortaron la garganta
a refalosa y tin tin.
El forense de latinos
of the Miami Police
pensó en un psycho-argentino:
diz que le oyeron decir
que es costumbre nacional
esa forma de matar
y que tenemos un baile,
que danzan hasta los frailes,
the dance of la refalosa
y la cantamos así:
“abajito de la oreja,
con un puñal bien templao
que se llama el quita penas,
le atravesamos las venas

del pescuezo.
¿Y qué se le hace con eso?
larga sangre que es un gusto,
y del susto
entra a revolver los ojos.”
Ese fucking policía
doesn't know romancería:
si supiera él pensaría
that the killer was spanish,
was a jew sefaradí,
un chileno o un mejicano,
ellos cantaban así:
“Por regalo de mi vuelta
te he de dar rico vestir,
vestido de fina grana
forado de carmesí,
y gargantilla encarnada
como en damas nunca vi;
gargantilla de mi espada,
que tu cuello va a ceñir”.
¿Y el Torito se fue al cielo
con la Laura de Petrarca?
Se fue, seguro que sí
Pero el chek-in fue un disaster
porque alguien lo degolló
para verlo refalar
¡in the sangre!
hasta que le dió un calambre
an he fell to patalear,
y a temblar, después fue fiambre:
¡Oh limitada jornada,
oh frágil naturaleza!
Hoy is born la tierna flor

y hoy mismo her way termina;
todo a la muerte se enfila,
va a parar al asador
cada bicho que camina.
Acá yerto el matador,
acá está el amigo muerto
acá el cuerpo ceniciento
como restos de un almuerzo.
Nos venía a visitar
con latitas de caviar
que afanaba en Recoleta,
the whole day drinking champán
pagado por ladys chetas
that used to hang with pasión
de su hot neck de animal
que ahora yace fileteado
in the morgue judicial:
la muerte es siempre temprana
y no perdona a ninguno.
Dice Cleopatra que dice
la que aplastó a Satanás
que igual se murió el Bautista
y toda una larga lista
diz que elegidos del Lord
and we believe que al señor
le da por sacar de villas
the ones He wants to llevar
a gozar sus maravillas.
Suelen decir nuestros niños,
desde la más tierna edá:
we that are young
shall never see so much
nor live so long.

Aunque atemos a la suerte,
No nos salva ni el destierro,
es super fast our muerte:
nadie llega a los cincuenta
siempre hay bala o puñalada
transformándonos en tierra,
humo, polvo, sombra, nada.

Nací

Nací un día de pleno verano a mitad de los setenta. Soy la segunda hija mujer de una familia que esperaba un varón. Las pocas fotos que puede rescatar después de la muerte de mamá, son las de un bebé vestido de celeste, en un moisés celeste y blanco. “Vicente” era el nombre que me iban a dar, me terminé llamando Silvia, aunque todos me dicen Chente. Nací en el Cerropelón, viejo barrio de Posadas, a orillas de Río Paraná. Toda la familia vivía en esa manzana. Mi Tía Piedad tenía su casa a un lado de la nuestra, del otro lado estaba mi abuelo y a la vuelta la Tía Cariño. Todas las casas se conectaban por pasadizos internos; en algunos casos eran túneles; en otros puertas pequeñas. De chica cuando podíamos escapar de la siesta, nos gustaba escurrirnos por esos pasadizos y llegar al paraíso, que era para nosotras la pileta y el jardín de la tía Cariño. El silencio y la soledad de la siesta eran inalterables, aprendimos desde pequeñas a ser invisibles. Ser invisibles era nuestra libertad.

No estábamos solas, también estaba Arturo, el menor de la de la Tía Piedad. Todos los días después de comer, mamá nos obligaba a acostarnos. Obedecíamos pero cuando escuchábamos la respiración fuerte del sueño de mamá y papá, salíamos sigilosas por la ventana, hacía el patio de la casita. Del otro lado nos esperaba Arturo. Con su oído entrenado a esos movimientos imperceptibles no teníamos que esperar mucho para verlo elevarse por arriba del muro que separaban las casas e invitarnos a la pileta. Su cara se elevaba sobre el muro y su sonrisa decía todo. No nos hacía falta nada más. Una vez le pregunté a Arturo como subía el muro todas las siestas. “Yo puedo volar”, me dijo. La secuencia era la siguiente: escapábamos por el pasaje que unía nuestro patio con el lavadero de la casa de la Tía Piedad, a partir de ahí, los tres seguíamos por un pasillo largo hasta una puerta pequeña que conectaba directamente la casa de la Tía

Piedad con la el patio de la Tía Cariño. La puerta estaba siempre cerrada, era de chapa, pero corta y dejaba por debajo un espacio por el que nos escurríamos los tres con total tranquilidad. Llegar al jardín y después a la pileta de la casa era la gloria. Nuestros cuerpos sabían naturalmente el tiempo que teníamos para estar ahí. Hoy no sé cómo lo hacíamos pero sin mirar el reloj sabíamos de tiempo, y nunca nos falló. Volvíamos frescos a acostarnos en la cama y hacernos las dormidas para cuando se levantaba mamá a despertarnos.

Analía R. Giordanino

Carnaval

Guirnaldas de agua a la intemperie, baldazos,
que bulla el calor y se evapore el granito.
Correr bajo el sol de las cuatro de la tarde
en bicicleta, chorreando agua por la vereda.
¿Qué con las bombitas volando de los techos?
¿Qué con las espaldas marcadas
o los brazos ardiendo, de las chicas?
¡Una bombita con salmuera
para que pique y pique
y así rascarse y rascarse!
¡O las camionetas de los bárbaros
cargados con palanganas!
Insultos una vez mojadas,
cubetas a los vecinos y huir,
salvar la piel del bombazo macho,
¡ardan las rodillas sobre las baldosas!
Calor.
A eso habremos de llamar otra vez calor.



o t n e i m i e n t o
B o s i c i o n a t i c o
P o é t i c o

3